

a tí, sonoro bardo,  
 la juventud diabólica  
 de Bogotá, te invita  
 a oír la voz homérica  
 de nuestro Tequendama,  
 el gran grito de América!

Así siguió la estruendosa e inspirada poesía de Soto Borda, que cuando terminó fue ovacionado por sus compañeros y abrazado por el «Poeta de América».

Luégo Chocano, irguiéndose sobre la misma piedra que a Soto Borda le había servido de tribuna, recitó una hermosa poesía, que deploro no copiar íntegra y de la cual son estos versos:

La quietud del lago,  
 la emoción del río  
 y la indiferencia de las altas nieves  
 ponen viejas notas en los nuevos himnos:  
 con la catarata  
 brindis fabuloso, brindis nunca oído,  
 brindis resonante de un millón de copas  
 que las cumbres vuelcan sobre los abismos.  
 Es la nota única,  
 es la nota nueva que los primitivos  
 no copiaron nunca, dentro de la clásica  
 onomatopeya de los cantos líricos!

Ya hoy el Tequendama no tiene quién lo cante. Mejor, ya nadie puede cantarle al Tequendama. Lo cantaron tanto, desde Pombo, Agripina del Vallé y Antonio José Restrepo, con